

perfectamente la imprudencia de atacar á Rusia cuando tenía que sostener todavía un poderoso ejército en España. Se hallaba, pues, pensativo y agitado, y resumía continuamente las fuerzas y la situación de las potencias europeas, haciendo redactar acerca de ellas un resumen exacto, que después de leído y releído le hizo exclamar: «No, en realidad no hay nadie preparado, ni aun yo mismo, para una guerra tan lejana; debo retardarla tres años.» Napoleón interrogaba con frecuencia á los viajeros procedentes de Moscou respecto al clima y enfermedades del país y se hacía dar toda clase de noticias.

A veces parecía resignarse á la paz, aunque aprestándose para la guerra, y se mostraba dispuesto á aplazar hasta el último instante esta empresa, cuya magnitud le espantaba. Continuó, pues, las negociaciones con el Czar y hasta las renovó con Inglaterra, pero Castlereagh respondió á Bassano que Francia debía reconocer desde luego á Fernando VII por rey de España. Entonces Napoleón vuelve sobre sí, fascinado por la idea de la conquista de Rusia; «su destino ha de cumplirse.» Le parece que falta á su vida este desenlace; el quinto acto debe desarrollarse en Moscou; «después se descansará,» la civilización occidental quedará asegurada. «¡Qué hombre! — decía Narbonne, después de una conferencia con Napoleón; — ¡qué hombre! Está entre Bedlam (Bedlam es el manicomio principal de Londres) y el Panteón.» El duque de Vicenza, que había sido embajador en Rusia desde 1807 á 1811, trató hasta el último instante, con más autoridad que Narbonne, de hacer desistir á Napoleón de su fatal proyecto, y en 5 de Junio hizo una última tentativa, hablando al Emperador, con valor muy raro á la sazón, un lenguaje verdaderamente profético (1).

Napoleón salió de París en dirección de Alemania en 9 de Mayo de 1812, saliendo á recibirle en Dresde el emperador de Austria y los

(1) Para esta guerra inexorable el Emperador no retrocedió ante el odioso medio que Inglaterra había empleado contra Francia en la época de la Revolución, y á ejemplo de Pitt, que había mandado imprimir en Londres *asignados* falsos, mandó acuñar en París una gran cantidad de rublos falsos para hacerlos circular en Rusia. Napoleón había tratado ya en otra ocasión de seguir el mismo procedimiento con Austria, habiéndose impreso por su orden trescientos millones de billetes de banco austriacos, que no se utilizaron, pues fueron destruidos en 1810 al terminar las negociaciones, cuyos detalles pueden verse en las memorias de Metternich.

soberanos de la Confederación del Rin. Napoleón esperaba que con esta asamblea demostraría que la guerra de Rusia era una guerra europea, contrastando según creía con el aislamiento de Alejandro, que se asustaría del abandono en que iba á encontrarse. Todos aquellos soberanos le rodeaban cual vasallos, confundidos entre las filas del estado mayor francés.

Napoleón mandó á Narbonne ante el Czar para hacer una última tentativa, invitándole á la conferencia de Dresde. Narbonne encontró á los Rusos tranquilos, pero sin jactancia, y de todo lo que Alejandro le respondió resultaba que éste prefería la guerra á una paz vergonzosa, que se guardaría muy bien de presentar batalla á un adversario demasiado temible, y, finalmente, que se resignaría á toda clase de sacrificios para prolongar la lucha indefinidamente y rechazar á Napoleón. Alejandro le dijo: «No me hago ilusiones; sé lo que vale el emperador Napoleón como general, pero tengo en cambio á mi favor el suelo y el tiempo. No hay rincón escondido de este territorio, hostil para vosotros, que yo no ocupe, ni punto lejano que no defienda antes de consentir en una paz vergonzosa. No atacaré, pero no depondré las armas mientras haya en Rusia un soldado extranjero.» Napoleón respondió á Narbonne: «Ya veremos si sabrá ser constante ante los acontecimientos; engañado por los consejos de Inglaterra, quiere la guerra: la tendrá pues (1).»

En el mes de Junio, el ejército destinado á la invasión de Rusia contaba, incluyendo 60.000 enfermos y 155.000 hombres rezagados, aproximadamente unos 680.000 soldados, de los que 355.000 eran franceses y 325.000 extranjeros. Las reservas hacían ascender este número hasta cerca de un millón (2).

En la extrema derecha, el príncipe Schwartzenberg mandaba 34.000 austriacos; á su izquierda, el rey de Westfalia, con 79.200 westfalianos, sajones y polacos, se extendía desde Varsovia á Grodno. El virrey de Italia reunió sobre Marienpol y Pilony 79.500 bávaros,

(1) Inglaterra estaba representada en el cuartel general de Alejandro I por Roberto Wilson, á quien se debieron en gran parte las resoluciones más enérgicas tomadas por el estado mayor ruso.

(2) Los estados oficiales asignan al ejército de invasión, en el mes de Junio, quinientos quince mil hombres en las filas.

italianos y franceses; el Emperador formaba el centro, con 220.000 hombres mandados por el rey de Nápoles, el príncipe de Eckmuhl, los duques de Dantzig, de Istria, de Reggio y de Elchingen, que procedentes de Thorn, Marienburgo y Elbing, se reunieron en un solo cuerpo el 23 de Junio, cerca de Kowno. En fin, á la izquierda, frente á Tilsit, Macdonald y York con 32.500 prusianos, bávaros y polacos. El ejército contaba con 1.372 cañones, material para seis puentes y el de sitio correspondiente.

Los Rusos se hallaban formados paralelamente al ejército francés, formando frente á él un semicírculo cóncavo. En el centro se hallaban Alejandro y el general Barclay de Tolly, con 60.000 hombres; á su derecha Wittgenstein, con 26.000 hombres; á su izquierda, hacia el Sur, Bagration con 65.000 ocupaba Welkowitz. Tormasof estaba al frente de una reserva de 40.000 hombres en Lutsk, en Volinia; finalmente, el almirante Tchitchagof traía consigo 50.000 hombres desde las orillas del Danubio. En los dos extremos de esta línea se formaron además otros dos cuerpos, uno en Mosyr, sobre el Pripet, y otro sobre el Dwina, en Dunaburgo y Riga, para cerrar el camino de San Petersburgo. Este último cuerpo de ejército debía apoyarse en un campo atrincherado, en Drissa, que había hecho construir Pfuhl, desterrado alemán que esperaba convertirlo en un Torres-Vedras y convertirse él mismo en un Wellington deteniendo al invasor.

Pero Napoleón, que se había propuesto atacar á Moscou, formó el plan de penetrar en Rusia por el valle que forma el Dnieper, es decir, por el embudo de quince leguas que se extiende entre el Duna y el Dnieper, que corren entonces paralelos hasta que tuercen su curso, hacia el Norte el uno y hacia el Sur el otro, oponiendo al invasor un obstáculo casi insuperable. Para llegar á Moscou era preciso cortar la extensa línea del ejército ruso, por lo que Macdonald por la izquierda debía rechazar á Wittgenstein, amenazando á San Petersburgo por Riga y Revel; mientras que, por la derecha, Schwartzberg debía contener á Tormasof, atrayendo á Bagration hacia al Sur. Al propio tiempo, Napoleón con el grueso del ejército atacaría á Vilna rechazando á Barclay de Tolly hacia el Norte sobre el Drissa y el Dwina, y sus lugartenientes harían lo propio con Bagration hacia los pantanos del Beresina ó del Pripet.

Entre ambas alas marchaba el centro hacia el Niemen, formando tres grandes cuerpos. Jerónimo, con 80.000 hombres, debía llegar á Grodno; el príncipe Eugenio, con 75.000, á Pilyon, y Napoleón, con 220.000, á Nogaraiski, tres leguas más allá de Kowno. El 23 de Junio por la mañana, al salir el cuerpo mandado por Napoleón del bosque de Pilwisky, se dividió en tres columnas, bajando de las colinas que forman la cuenca del Niemen hasta el lecho del río. La invasión se consumió; la suerte estaba echada, y la fatal expedición de Rusia había comenzado, viniéndose á sumar á la falta política de que era consecuencia esta guerra, desde un principio, la falta militar, más grave tal vez aún, de comenzar la campaña á fines de Junio, cuando sólo quedaban tres meses para llegar á la estación de los fríos, que en este año precisamente debía ser sumamente rigorosa.

El día 25 se fraccionaron las columnas y atravesaron lentamente los tres puentes, perdiéndose en lontananza. No aparecía un solo enemigo, únicamente tan sólo un vasto desierto, limitado á lo lejos por sombríos bosques; el día era espléndido (1). La alegría dominaba á las tropas y Napoleón pasó el río sumamente contento, mirando avanzar su ejército con un justo sentimiento de orgullo: estaba allí todo el Occidente armado. Había recobrado su buen humor, jugueteaba con su bastón y se le oía tararear el aria de «Mambrú se fué á la guerra,» frases que, como dice un testigo, hicieron por algún tiempo nuestro regocijo, pero que no tuvieron más justificación que una tremenda catástrofe. Napoleón, impaciente por no divisar al enemigo, galopaba al frente de su ejército, se adelantaba por los bosques y volvía á retroceder.

El Emperador esperaba una batalla decisiva en las puertas de Vilna, pero el enemigo huía decididamente de todo encuentro y sólo se trabó un pequeño combate; los Rusos huyeron, en efecto, hacia Drissa, quemando los puentes y los almacenes. Así que llegó á Vilna

(1) Algunos testigos presenciales, personas de gran autoridad, dicen que el paso del Niemen se verificó en el preciso momento en que se desencadenaba una terrible tempestad. Desencadenóse, en efecto, una tempestad violenta, pero sumamente corta, y como el paso se verificaba por otra parte en una larga extensión, como se concibe fácilmente, y la tempestad pudo ser en determinados puntos más duradera y más intensa que en otros, de aquí han nacido los testimonios opuestos, aunque todos igualmente verdaderos.

(16 de Julio), Napoleón ordenó toda su correspondencia política, administrativa y militar, que se había acumulado durante los primeros días de marcha, y se ocupó en organizar la prosecución de la campaña. Contaba con el apoyo de los Lituanos para combatir á los Rusos, pero temía que si los declaraba emancipados disgustaría al Austria, y no quería, por otra parte, privarse de la posibilidad de tratar con Rusia. Por el mismo motivo se negaba á restaurar francamente el reino de Polonia. En vano la dieta del gran ducado de Varsovia se convirtió en dieta general y declaró restablecido el reino de Polonia, enviando una comisión de su seno á Napoleón para decirle textualmente: «Pronuncie Napoleón el Grande las palabras: *El reino de Polonia existe, y existirá.*» El Emperador se negó á comprometerse. «Si Napoleón, en vez de internarse en Rusia, se hubiese limitado á organizar y defender el antiguo principado de Lituania, nadie hubiera podido impedir el restablecimiento del estado polaco de Lituania con sus antiguos límites. La suerte de Francia y de Europa habría cambiado (1).» Pronto se dejó sentir el hambre en el ejército, siendo entonces imposible evitar los atropellos de las tropas, que exasperaron en breve á las poblaciones, incluso las de la antigua Polonia, las cuales en un principio sentían por ellas vivísima simpatía.

Los Rusos destruían todo lo que caía al paso de la columna imperial. Algunos soldados que formaban parte de la guardia joven (cuerpo distinguido) murieron de hambre; otros, en medio del camino, apoyaban la frente sobre el cañón del fusil y se saltaban la tapa de los sesos; los rezagados formaban ya un verdadero ejército y casi puede decirse que no había empezado la campaña. Sin embargo, para preparar la marcha del Emperador y del príncipe Eugenio hacia Vitepsk, Murat, Oudinot y Ney detenían á Barclay (10 de Julio), mientras que Jerónimo rechazaba lentamente á Bagration hacia los desfiladeros de la meseta de Lituania, y Davout, que tenía sus reales entre el Vilia y el Beresina, le obligaba á penetrar nuevamente en las lagunas con 40.000 hombres. Napoleón creyó perdidos á los Rusos. «¡Ya son míos» exclamó; pero disgustado el rey Jerónimo por haber

(1) Rambaud, *Historia de Rusia*; véase también Villemain, *Recuerdos contemporáneos*, tomo I.

sido puesto á las órdenes de Davout, no ejecutó el movimiento que este general le indicó é hizo fallar el plan de Napoleón, y, como consecuencia, malogróse el triunfo que Davout había alcanzado en Mohilev (23 de Julio), no pudiendo impedir que Bagration se retirase por el camino de Smolensko. Jerónimo abandonó el ejército y se retiró á Westfalia.

Napoleón permaneció en Vilna diez y ocho días, haciéndola fortificar, ordenó una leva de once regimientos lituanos y puso al duque de Bassano al frente de Lituania. La retirada de los Rusos pareció desvanecerle, y á lo menos le produjo gran alegría, de manera que le dijo ya á Narbonne: «Vamos, ¿qué os parece ahora la energía del emperador Alejandro? ¿Creéis que es de buen político y de buen militar dejarnos avanzar tanto sin oponernos la menor dificultad?— Señor, respondióle Narbonne, ésta es la guerra de tiempo y de espacio que nos había prometido; el Emperador puede juzgar por la detención forzosa á que se ha visto obligado en Vilna, sin haber librado una sola batalla y con el exclusivo objeto de reorganizar sus tropas.» Pero lo que molestaba más á Napoleón era cierta debilidad prematura que se le había presentado; su espíritu, siempre inquieto, se hallaba cohibido por un abatimiento físico. Aumentaba su obesidad y sufría extraordinariamente por la retención de orina, procurando sin embargo disimular cuanto le era posible el estado de su salud, para no desanimar á su ejército ni dar esperanzas á sus enemigos.

Por fin, el 16 de Julio partió para Swentziani y Kluboke (18), desde donde respondió tomando el nombre de un granadero francés á una carta que los Rusos habían hecho circular en las filas del ejército invasor. Entonces supo que Barclay de Tolly había dejado el Duna y abandonado el campamento de Drissa, y que tenía á su espalda el río con sólo cuatro puentes para efectuar la retirada, por cuya razón hizo muy bien Barclay en salir de él dirigiéndose hacia Vitepsk. El ejército ruso se declaró entonces contra Pfühl y los alemanes, y los verdaderos rusos, Araktcheef y Balachef, hicieron comprender al Czar que su presencia sería mucho más útil en Smolensko ó en cualquier otra ciudad que en el centro de su ejército, por lo que Alejandro se retiró.

Después del brillante combate de Ostrowno, librado por Murat (25 de Julio), que secundado por el príncipe Eugenio se apoderó de